

Creo que los hombres harían bien en recordar que no fueron emperadores, sacerdotes o generales los que se atrevieron a hacerlo. Fueron los dioses los que decidieron que era hora de expandir el mundo.

Tablilla kena'ani

Ayin

Segundo día del mes *asid pishta*

Quinto año del reinado de Itobaal I

Ha pasado la noche en una posada regentada por un antiguo olímpico griego de velocidad. La comida no destaca por su brillantez, pero es conocida por su limpieza y agradable trato. Con las primeras luces que entran por el ventanuco, se levanta con el ánimo de afrontar la última etapa de su viaje. El posadero ya le tiene dispuesto un plato de gachas de garbanzos, unos dátiles y una jarra de vino. Una vez satisfechas las primeras necesidades, se dirige con buen paso hacia el puerto, donde está todo dispuesto para partir: el piloto y los remeros en sus puestos, la mercancía, bien colocada y amarrada, para evitar percances durante la travesía.

La Cabiria sale del puerto y navega a remo por un mar tranquilo, no sopla ni la más ligera brisa que pueda engordar las velas. Con el toque sincopado del tambor, los dieciocho *thranitai* situados a ambos lados de la *hippoi* se esfuerzan por moverla, quizás lleve más carga de lo que permite su capacidad. El sudor y el salitre se mezclan en la piel de cada remero, que brilla iridiscente como las escamas de un pez. Los tripulantes encargados del velamen están atentos a las órdenes de Ayin, capitán de la nave, por si en algún momento deben desplegarlo. Los cuatro mercenarios macedonios contratados para la defensa están sentados sobre los fardos que atestan la cubierta.

El último puerto que han tocado ha sido el de Tabarka, donde han cargado dos mil *gerah* de buen mármol rosado de Simitthu. Quizás la ambición ha nublado el pensamiento de Ayin, que se promete unos buenos beneficios cuando lleguen a Utica. Junto al mármol, se amontonan fardos de excelentes alfombras persas, ánforas de aceite, brazaletes de plata, pieles de león y de panteras negras de Libia, alabastro y algunos cuernos de marfil.

Cuando el sol comienza a ocultarse por occidente, una ligera brisa hace que el capitán alce su mirada hacia el cielo: si arreciara el viento, podría desplegar las velas. Sin embargo, la noche está a punto de caer y debe acercarse a la costa para pernoctar con el ancla echada. Navegar a esas horas no es nada recomendable: sin divisar el litoral, puede ser una sentencia de muerte. El dios que mueve las ventadas los puede enviar hacia las rocas de los acantilados o mar adentro, donde es fácil perderse.

No termina de tomar una decisión cuando se desencadena un fuerte ventarrón al mismo tiempo que el cielo se carga de nubes negras como un tizón. Cesa el parcheo del tambor cuando la tormenta arroja un remolino de relámpagos y truenos que atemoriza el alma de los embarcados. Las olas de treinta pies¹ zarandean la nave como una hoja inerte: se tambalea y balancea en el subir y bajar del maretazo. El capitán grita desaforadamente para que todos se cojan a las cuerdas y maromas y se agachen para evitar caerse al agua. Algunos fardos que no se encuentran bien sujetos se mueven por cubierta y golpean a unos y a otros. El estruendo de los truenos y el zigzaguo de los rayos crean un ambiente aterrador, mientras las corrientes marinas hacen imposible que el piloto pueda mantener el timón para gobernar el navío en la dirección correcta.

¹ Un pie equivale a 30 centímetros.

La borrasca está poniendo a prueba la resistencia de la embarcación y la habilidad del capitán y la tripulación. De pronto, se oye un gran crujido, y el mástil sucumbe ante la violencia del vendaval: cae sobre uno de los remeros, que es arrastrado al mar. «¡Que los ojos de Baal Hammón nos protejan de las bestias marinas!», reza Ayin. Las olas rugen, se elevan imponentes y arremeten con fuerza contra el casco de la nave. Las ráfagas de lluvia azotan el rostro de los marineros, lo cual les hace muy difícil ver más allá de unos pocos codos². El mar embravecido amenaza con engullir la embarcación: algunos remos que no están bien sujetos vuelan por los aires y magullan a más de uno de los tripulantes. Uno de ellos se suelta de la maroma para evitar el golpe, pero una ola lo atrae a su seno. La Cabiria continúa su avance a merced de los vaivenes del viento y el oleaje sin un destino fijado.

Con distinta intensidad, el temporal dura toda la noche y gran parte del día siguiente. Poco a poco va cediendo, y el negro nubarrón da paso a un cielo cubierto de nubes grises que, a pesar de la persistente y fina lluvia, permite al capitán hacer recuento del desastre: dos hombres han caído al mar, el mástil, roto y astillado, el timón flojea, faltan algunos fardos y remos. La tripulación suspira de alivio y se regocija por haber sobrevivido a tan dura tormenta.

No se divisa tierra en ninguna dirección donde atracar y reparar los daños que han sufrido. El sol, que se intuye a través de las nubes, está alto, por lo que Ayin no puede saber dónde se ubica el norte para orientarse. Su rumbo debería ser hacia oriente, pero no se atreve a dar orden de remar, ya que se puede encaminar, cada vez más, hacia el mar Interior y alejarse así de las rutas del litoral, donde algún otro barco los podría auxiliar.

Nota que la corriente marina y el viento que sopla mueven el barco en una dirección concreta. Los nautas más expertos hablan en las cantinas de las corrientes que existen en el mar: unas van en dirección a Sidón y Tiro, y luego giran hacia el norte por las islas Shardan³ y Kallisté⁴, y después rotan hacia occidente, hacia el final de la ecúmene; muchos hablan, pero muy pocos han seguido sus rutas.

El aguacero continúa y, de vez en cuando, en la lejanía restalla algún relámpago. Las olas bambolean el navío con un timonel que apenas es capaz de mantenerlo firme. La noche es tenebrosa, los tripulantes oran a sus dioses maldiciendo el día en el que se embarcaron. El capitán no puede orientarse por las estrellas para llevar a buen puerto la nave, no divisa la estrella Fenicia, que le permitiría tomar el rumbo correcto. El tiempo pasa a la espera de que amanezca y el capitán sepa por dónde sale el sol y ordene bogar en esa dirección: oriente.

Tímidamente, como con miedo a la tormenta, apunta una aurora justo en la dirección contraria a la que navegan. El mar es una interminable manta azul y gris rizada por el viento y el oleaje. Y se le plantea un nuevo dilema: girar en medio de una corriente tan potente y los vientos que agitan el mar; quizás se trate de una maniobra muy peligrosa que lo lleve a las fauces de los diablos marinos.

—¡¡Capitán!! ¡¡Tierra!! —grita un marinero que está sujeto a una maroma y subido en el banco de los remeros.

El capitán gira la cabeza y mira hacia donde señala la mano del que ha gritado. Allí, entre las brumas, se recorta un perfil que solo puede ser la señal de que hay tierra. Da gracias a Tanit jurando que, en cuanto desembarquen, ofrecerá un sacrificio para agradecer su bendición. Manda a los remeros que coloquen los remos en posición en los escálamos y que los remiches queden libres de obstáculos. «Tenemos que fondear para reparar los daños que el barco ha sufrido, especialmente el mástil», piensa el capitán.

2 Un codo equivale a 52 centímetros.

3 Cerdeña.

4 Córcega.

—¡¡Capitán!! ¡¡Tierra!! —grita otro de los hombres, pero esta vez señala por babor. Las primeras luces matinales permiten ver con mayor claridad la silueta de unos promontorios.

Ayin está algo confuso: a babor y estribor hay tierra, y ellos, en medio. «¿Hacia dónde he de dirigirme? ¡Uh, Yan! Ilumíname en tu sabiduría», reza al dios del mar y los ríos. Calcula que entre los dos promontorios debe de haber unos ochenta estadios. Sin embargo, nota que la corriente lo mantiene más cerca del de estribor.

—¡Remad, malditos, remad! —grita desaforado—. Timonel, llévanos hacia allí. —Señala con su mano el litoral de la derecha.

El sol ha ido despejando el cielo de nubes, y la lluvia ha dejado de caer. La luz matutina permite ver mejor lo que les espera. Todos observan con sorpresa que la tierra divisada son unos enormes farallones sin posibilidad de fondear y con el peligro de chocar violentamente contra ellos: faldas empinadas de colinas, peñas resbaladizas y ensenadas sembradas de espolones rocosos y arrecifes traidores. Terrazas pétreas que tan pronto desaparecen bajo las aguas como emergen de nuevo, con peligro mortal.

El capitán ordena al timonel que guíe la nave paralela a la costa con la intención de que en algún momento se suavice el acantilado y aparezca alguna playa donde recalar. Vadean los rompientes donde se posan orgullosas las gaviotas. Tienen que ir con cuidado, ya que las brumas se abren y cierran, como los párpados que se resisten al sueño.

El barco cabalga la corriente con firmeza en busca del tan ansiado remanso donde echar el ancla. Todos son conscientes de que deben encontrar un lugar adecuado que tenga árboles en su cercanía que les permitan reparar los daños sufridos por el velamen, poder calafatear las cuadernas y descansar los maltrechos cuerpos.

El sol abandona el cenit y comienza a ponerse por poniente, cuyos rayos rebotan en el abrupto escarpado que, poco a poco, va descendiendo. Ante la mirada de los marineros, se abre un gran estuario donde desemboca un río que forma una amplia ensenada con un islote en medio que engarza con la tierra por un tómbolo, una lengua de tierra de aluvión.

«Bendita seas, Tanit, que has oído mis plegarias», reza en silencio Ayin sin perder de vista la playa de arenas doradas que, despacio, se acerca. Al fondo, destaca una pequeña arboleda. La alegría embarga el ánimo de la tripulación. Los dioses se han apiadado de ellos.

Dado que quedan pocas horas de luz, el capitán decide pernoctar en el barco, a la espera de que la mañana siguiente amanezca con buen tiempo y puedan explorar los alrededores. Ordena echar el ancla, que se abra un ánfora de vino y que se reparta entre todos: hay que festejar haber sobrevivido a la terrible tormenta que los ha traído a tan extrañas y desconocidas tierras. Es consciente de que la Cabiria ha navegado muchos estadios y que se ha alejado de su ruta prevista; los vientos y la corriente marina lo han llevado hacia occidente, muy lejos de su destino: Utica.

Apenas alborea un nuevo día, la tripulación repone fuerzas con la ingestión de algo de queso y pescado seco. Se oyen oraciones musitadas en varias lenguas y los remeros comienzan a bogar acercando la nave a la playa, donde rompen unas mansas olas. A la orden del capitán, dejan de remar, levantan los remos, y la galera se acerca suavemente hasta unos cuantos codos de la orilla; se echa el ancla.

La mayoría de la tripulación desembarca: se quedan a bordo los que están más maltrechos y contusionados por los embates de la pasada tormenta. En cuanto ponen pie en la dorada arena, una bandada de ánades levanta el vuelo y se pierde por encima del bosquecillo que está situado a su izquierda. Unas sombras se mueven sigilosas entre el bosque de troncos. Los tirios se paran en seco y los macedonios enarbolan sus armas, dispuestos a cumplir con el trabajo para el que han sido contratados.

Los que eran sombras se convierten en un grupo de veinte personas que también van armadas: portan largas espadas, lanzas y escudos escotados de unos dos pies de diámetro. Al frente de ellos, cabalga en un jamelgo el que parece su jefe. Van vestidos con una túnica de sarga hasta medio muslo, con un cinturón del que pende una espada; a la espalda, el escudo de madera reforzado con cuero. Algunos llevan el pelo largo y suelto, y todos portan una cinta de diversos colores en la cabeza. Unas sandalias de esparto con grebas de cuero completan el vestuario. El jinete se distingue del resto por la capa de color rojo que lleva sujeta con una fíbula que reluce cuando inciden en ella los rayos del sol.

Se observan en silencio sin intención de acercarse unos a otros. Ayin toma una decisión: ordena traer del barco algunos objetos para ofrecerlos en señal de reconocimiento y buena relación. Extienden en la arena una alfombra persa y encima depositan un colmillo de marfil, un puñal labrado, un aríbalo griego, un cubo de bronce egipcio y un brazalete de cuero repujado.

Espera que entiendan el sentido de la donación de regalos de prestigio que acaba de hacer: el uso o la ostentación del pequeño tesoro que acaba de depositar es, por sí mismo, de un valor intrínseco, se convierte en símbolo de prestigio y de estatus. Cuanto mayor es su valor, en mayor medida cubren de honor tanto al donante como al receptor: ante todo, indican poder. «Sabemos, por experiencia y tradición, del valor de los regalos», se regocija el cananeo.

Se retiran andando de espaldas hacia la Cabiria, se suben a ella y esperan el primer movimiento de los indígenas. Al cabo de un buen rato, algunos de ellos se acercan hacia los obsequios, los recogen y vuelven por donde han llegado. A una orden del jefe, desaparecen de la misma forma sigilosa en que aparecieron.

El capitán considera la posibilidad de volver a desembarcar. Hay que efectuar un reconocimiento del bosque, necesitan algún buen tronco para reparar el mástil. Tomada la decisión, desembarca la mitad de la tripulación, fuertemente armada, y camina hacia los árboles. Una cierta desilusión embarga el ánimo del navarca: son pinos; una madera más blanda que la de los cedros de la que están hechas las *hippos* tirias y sidonias. «Peor sería que los bosques se hallasen tierra adentro y tuviesen que acarrearla a hombros», piensa con resignación. De repente, sale un asustado conejo de la maleza, que es abatido por la rápida respuesta de un marino que le lanza un cuchillo. «Bien, podremos cazar para tener carne fresca y así alimentarnos los siguientes días», se dice.

Se vuelven al barco a preparar lo necesario para la próxima jornada: unos irán a talar árboles, y otros, de caza. Algunos hombres han pescado algunas sardinas. Los indígenas no han dado señales de vida.

Unos coloridos celajes engalanan la tarde anunciando una noche tranquila. Se enciende el fanal de proa mientras se extiende el olor a carne y pescado asado. El estado de ánimo ha variado sustancialmente. Aunque se encuentren lejos de casa, el futuro no es tan negro. Los daños sufridos por la nave podrán ser reparados, hay agua fresca en las rocas cercanas, abundan la pesca y la caza, y los habitantes de estos dominios no parecen belicosos.

De amanecida, cada grupo está dispuesto a realizar las tareas asignadas, y en ese momento ven que a mitad del recorrido al bosque hay algunos objetos en el suelo, sobre una manta de lino blanco, que han sido depositados con gran sigilo por la noche: un cuenco de bronce con dátiles, una pulsera de plata, una lucerna de estaño y la figura de un pequeño toro de oro.

«Pero ¿en qué tierra me encuentro?», se pregunta Ayin. Los obsequios que les han dejado indican que los que viven aquí son muy ricos, ya que pueden regalar lo más preciado en toda la ecúmene: oro, plata, estaño y bronce. Pensativo, se acaricia la barba mientras una ligera brisa trae el aroma de los pinos. Su experiencia como navegante y comerciante que ha conocido tierras y ciudades a lo ancho y largo del mar Interior le dice que aquí hay una nueva tierra. Quizás tengan razón los

colegas que afirman que hay muchos lugares por conocer. Además, debe de abundar el murex por estas aguas, para extraer el colorante para la capa roja del jefe del grupo.

En la distancia están los indígenas, observando inmóviles. «Si no recogemos los obsequios, puede que se ofendan», medita Ayin. Da órdenes a sus hombres para que se trasladen los objetos al barco. Realiza una reverencia en señal de respeto, lo que origina que los habitantes de este territorio se retiren.

Tres jornadas de duro trabajo emplean en reparar los daños sufridos por su barco durante la tormenta pasada. Han levantado dos cabañas efímeras con troncos y mantas para pasar las noches. Se sienten observados, pero nadie los molesta en su quehacer. Y llega el día de la partida, que amanece con un cielo límpido.

A fuerza de remos y con el tambor del capataz marcando el ritmo, la Cabiria se aleja con lentitud de la playa para ganar el mar abierto. El capitán sabe lo que tiene que hacer: salvar la corriente que lo trajo a esta tierra, coger la que sus colegas comentan que viene del océano, desplegar la vela y navegar hacia oriente siguiendo la costa del otro promontorio, que debe de ser de la costa libia hasta Egipto: ese camino lo conoce. Si cierra los ojos, ve con claridad el trayecto que ha traído hasta aquí, y en su interior se hace fuerte una idea: volver. Y no será con una *hippoi*, sino con una *gôlah*, que tiene una mayor capacidad de carga, de hasta cinco mil talentos⁵. Sin duda, tendrá que conseguir la colaboración de algún otro comerciante para financiar la expedición: habrá muchos beneficios. Pero primero deberá alcanzar Tiro, hay mucha travesía por delante. Calcula que tardará unas diez jornadas en llegar a Utica, si no hay contratiempos, donde tendrá que hacer una parada para conseguir agua y alimentos, camino de Egipto para arribar a Fenicia. Tardará unas sesenta jornadas si las mareas y los vientos de occidente son propicios.

La tensión de los acontecimientos y la certeza de que puede volver a casa le han traído el recuerdo de la conversación que tuvo con Hirion, un viejo y experimentado navarca, en una cantina a los pies del templo de Melkart, en Ushu.

—Si me llenas la copa de vino, quizás te cuente algo que no sabe nadie más que yo. —La barba blanquecina y las abultadas cejas del marinero no podían ocultar la viveza de sus pequeños ojos, que lo miraban fijamente. Un rostro surcado por profundas arrugas mostraba la avanzada edad del marinero, que miraba de soslayo en todas direcciones y, con avidez, la jarra de vino.

—¿Algún secreto inconfesable? —le comentó con una amplia sonrisa al mismo tiempo que le rellenaba la copa. Se había sentado a su mesa porque tenía ganas de oír historias sobre los mares y las tierras lejanas que siempre se cuentan en las tabernas.

—No seas insolente, muchacho —contestó el viejo con un arrebató de dignidad—. Que no te engañen mis andrajosos vestidos. He bebido en copas de bronce, he comido en platos de plata, he dormido entre sedosas telas y he yacido con mujeres de extraordinaria belleza —afirmó altivo. Bebió con avidez de la copa, apurando hasta la última gota de una sentada.

—Ya sabes que Ēl⁶ utiliza el vino para nublar los recuerdos, mi muy querido Hirion. Pero, dime, ¿en dónde has estado que haya plata en abundancia para hacer utensilios de mesa o hayas yacido con esas bellas mujeres? —Mientras le hablaba con ironía, volvió a llenar de vino la copa.

—He navegado a lo largo y ancho del mar Interior, he pisado las tierras de Libia, y nada de lo visto se asemeja al paraíso que visité. He llegado al límite de la ecúmene, por aguas infestadas de monstruos marinos y piratas sanguinarios.

—No sé si creer lo que dices. Parece un cuento para asustar a niños y crédulos —contestó, con el deseo de que continuara. Una buena historia bien merecía pagar una jarra de vino.

5 Un talento equivale a 30 kilos.

6 Padre de todos los dioses en el panteón fenicio.

—Escucha bien lo que te digo. —El viejo apoyó las dos manos sobre la mesa y acercó su rostro al de Ayin. Su aliento apestaba a vino, lo que obligó a este a retirar un poco su cara—. Si eres un buen marino, sabes las corrientes que tenemos en el mar Interior. Un día, mi nave estaba a merced de ellas cuando la diosa Malac tuvo a bien orientar los vientos de forma que superase las corrientes. Dos días más tarde, llegué al paraíso: gentes pacíficas, bien vestidas y alimentadas, comida en abundancia, engalanados con oro y plata, mujeres bellísimas que se mueven en libertad. —Apuró la copa de un último trago, bajó la voz y le dijo—: Los territorios del ancho orbe se extienden ampliamente, y el oleaje, volviendo sobre sus pasos, se desparrama alrededor de la tierra. Pero allá por donde el profundo mar se introduce en el océano, para que este abismo de Mar Nuestro se orne con toda su amplitud, se halla el golfo Atlántico: ya sabes, del cuero salen las correas. —Y con una voz pastosa de alguien que ha bebido más de la cuenta, añadió—: Si navegas medio millar de estadios cada jornada, en cincuenta verás las columnas de Melkart⁷. —Sin decir nada más, apoyó su cabeza en la mesa, no pudo resistir el sopor que lo embargaba.

«El oleaje volviendo sobre sus pasos, eso es», se dice Ayin. Ahora lo comprende todo: las corrientes van y vienen, ese es el camino a seguir.

Los preciados regalos que les han dado los indígenas y las palabras del viejo Hirion le confirman que, sin duda, la tormenta lo arrastró por un mar desconocido al territorio de I-span-ya, la tierra de los metales.

7 Para los fenicios, Herakles para los griegos, Hércules para los romanos. Estrecho de Gibraltar.